

NORMA MUÑOZ LEDO

Los cazadores
del Big Bang

Ilustrado por Julia d.

loqueleq®

SUSANA LE ECHÓ UN OJO AL RELOJ DE SU CELULAR UNA VEZ más, mientras tomaba un sorbo de agua. Minerva no era demasiado puntual, y menos los miércoles, cuando salía de su trabajo y pasaba por ella a su clase de piano, pero una hora de retraso era más de lo que solía tardarse.

En eso, un vientecito frío y húmedo anunció que iba a llover, ¡para acabarla! De pronto, vio que se acercaba el pequeño coche azul de Santiago, el novio de su mamá. Sin Fueni a su lado, no tenía con quién compartir los ojos de huevo cocido, el chasquido de lengua y el consabido “¡¡ooshhh!!” que siempre hacía cuando veía a Santiago. Él se estacionó y se bajó del carro. En su enojo, Susana pasó por alto su expresión preocupada y sus ojos opacos. Gordas gotas de lluvia fría comenzaron a caer, pero su enojo era como una burbuja caliente que crecía sin parar en su pecho: ella no se subiría al coche hasta no tener una explicación convincente de por qué no estaba ahí Minerva.

—¿Y mi mamá? —preguntó cortante, sin saludar. No porque no hubiera testigos iba a ser amable—. ¡Tengo muchas cosas que hacer!

Santiago suspiró ruidosamente y apretó los labios.

—¿Podemos subirnos al coche y te explico? Nos estamos mojando.

Susana encogió los hombros mientras giraba los ojos al cielo, una vez más.

—Es obvio que nos estamos mojando —replicó, molesta.

Cuando estuvieron dentro del auto, él suspiró una vez más, con los ojos clavados en el volante.

—¿Y? ¿Dónde está Minerva? —insistió Susana impaciente.

Santiago vaciló un instante, luego la miró directo a los ojos.

—Tu mamá tuvo un accidente —soltó, pronunciando lentamente cada palabra.

La burbuja caliente se convirtió de inmediato en una esfera de hielo con espinas que se incrustaba dolorosamente en el pecho de Susana. Por un momento dejó de respirar.

—¿Qué? —dijo en voz baja.

Él alzó las cejas mientras meneaba la cabeza y suspiraba una vez más.

—Se cayó de unas escaleras en su trabajo.

La pelota de hielo estalló de pronto, con todo y espinas, y subió por el pecho de Susana hasta convertirse en un torrente de lágrimas.

—¿Qué le pasó?

—No sé bien. Me habló Carmen, me dijo que estaba en cirugía. Me acordé de que tenías tu clase de piano, así que vine por ti, ¿...vamos al hospital?

Susana asintió con cara de puchero, mientras sus cachetes se convertían en una pista olímpica de lágrimas que rodaban silenciosas y contenidas. Santiago quería abrazarla, quería borrar con una goma esa cara de tristeza y miedo, hasta prefería que regresara el gesto hostil que siempre tenía cuando lo miraba. Pero no podía. No era el código entre ellos. La expresión desafiante de los dieciséis años de Susana se desvanecía a cada segundo para dar paso a una niña pequeña que lloraba por su mamá. Santiago arrancó.

—¿Quién está con ella en el hospital? —balbuceó Susana.

—Carmen.

Susana torció la boca.

Al llegar al hospital sólo quería bajarse y correr a buscar a su mamá. Apenas entraron a la sala de espera de urgencias, una figura regordeta, con la cara roja por el llanto, se levantó de su silla y corrió hacia ella.

—¡Ay, mi niña, mi niña! ¡Ay, Santi! —Carmen sollozaba mientras miraba a cada uno—. ¡No sé qué pasó, no sé ni qué pasó!

Las demás personas en la sala de espera miraron la escena con desconcierto.

—Calma, Carmen, calma —pidió Santiago.

—¡Es que no puedo calmarme! —lloraba casi a gritos—.
¡Estaba bien, estaba conmigo!

Una señora se acercó para tranquilizarla.

—¿Quiere agua? —le preguntó.

Carmen la miró con ojos de susto, sin contestar.

—Sí, por favor —Santiago contestó por ella.

La señora regresó un momento después con una pequeña botella de agua que la amiga de Minerva apuró de unos cuantos tragos. Al terminar, se había calmado un poco.

—Ya les expliqué a los doctores qué pasó —comenzó, limpiándose las lágrimas con un kleenex—. Habíamos revisado unos archivos en mi oficina, eran cosas del quinto piso.

Susana asintió levemente, sabía que la oficina de su mamá estaba en el sexto piso.

—Y al terminar, teníamos que regresar las cajas a su lugar —continuó Carmen—. Ella me dijo que se adelantaba con una. Se me hizo lo más normal: habíamos subido las cajas nosotras solas, por el elevador. Pero no sé por qué se fue por las escaleras. Yo creo que fue porque el elevador a veces tarda mucho y... y... —Carmen empujó el labio inferior hacia afuera y comenzó a llorar de nuevo.

—¿Por qué no les ayudó Ramsés? —preguntó Susana, recordando al mensajero y milusos de la oficina.

—No estaba. Hace dos días que no viene a trabajar porque está enfermo —Carmen sollozó quedito.

—¿Y qué pasó?

Susana disparaba las preguntas con desesperación, quería regresar al pasado y arreglar las cosas: desviar a su mamá, tapiar con plomo la puerta que daba a las escaleras, mandarle el elevador a la velocidad de la luz y no como el tlaconete amodorrado que era.

—Se cayó en las escaleras —contestó Carmen—. Rodó desde el segundo escalón, creo. No soltó la caja en ningún momento.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cuándo la encontraste? —preguntó Santiago.

—A los cinco minutos. Yo fui por el elevador al quinto piso, con mi caja, y cuando llegué al archivo se me hizo muy raro que ella no estuviera, tampoco la caja. ¡Digo!, ¿quién va a andar por ahí con una caja pesada, con papeles? Luego luego pensé en las escaleras y... —Carmen se interrumpió para tocarse el pecho mientras se estremecía— clarito sentí que algo le había pasado, así que fui corriendo y sí, ¡ahí estaba, tirada!, ¡y había sangre!

Susana comenzó a llorar fuerte. Carmen la abrazó y le dio un kleenex. Todos en la sala de espera observaban la escena con los ojos de plato.

—Ya le hablé a tu papá, a tu tía Bárbara y a tu tío Manuel —informó Carmen.

En ese momento, un médico joven, con gesto serio, apareció tras las puertas de urgencias hacia la sala de espera.

—¿La familia de Minerva Adame?

Santiago levantó la mano al mismo tiempo que Susana. Ella le lanzó una fugaz mirada de reproche: ¿en qué momento él se había convertido en familiar de su mamá? El médico miró a los tres mientras levantaba las cejas.

—Yo soy su hija —declaró Susana.

El doctor miró a los otros dos.

—Yo soy su novio —aclaró Santiago.

La última mirada fue para Carmen.

—Soy su mejor amiga. El señor y yo somos muy cercanos a Minerva.

Las palabras de Carmen terminaron con las miradas suspicaces del doctor, que asintió con un solo movimiento de cabeza. Una vez acreditados todos, les dio la mano.

—Soy el doctor Ernesto Córdoba. Vengan conmigo —dijo, mientras daba la vuelta y caminaba hacia el interior del área de urgencias.

Los tres lo siguieron y los condujo a un consultorio. Con cada paso que daba, Susana sentía las luces blancas y frías, el olor a desinfectante y el ambiente impersonal del hospital como agujas heladas que se clavaban en ella, como si se metiera en el interior de un monstruo helado y hostil que tenía a su mamá como rehén. El consultorio era pequeño, sin sillas, apenas con una cama para revisión. El doctor se veía nervioso.

—Como les decía, soy el doctor Córdoba —comenzó, con voz huidiza—. Pero a la señora Minerva la operó el doctor Ezquerria. Soy su asistente, él hablará con ustedes más tarde.

Minerva sufrió una fractura hendida de cráneo, en el lóbulo temporal derecho.

—¿Cómo...? ¿Fractura? —la voz de Carmen apenas se escuchaba.

Santiago sintió que las palabras y las ideas lo abandonaban sin remedio, que escapaban todas juntas a un lugar desconocido, donde quedaban congeladas. Pasó un momento de silencio espeso, tanto que podía amasarse como plastilina.

—¿Y... y cómo está ella? —preguntó al fin Santiago—. ¿Cómo va a estar?

—Bueno... —el médico vaciló un instante, pero de inmediato recuperó su aire institucional—, el doctor Ezquerria les hablará más sobre eso. Ahorita debemos estabilizarla. Por el momento, está en coma.

Por el momento, está en coma. Susana sintió que cada una de esas palabras se grababa en su corazón con un cincel al rojo vivo. Ahí mismo, en ese consultorio frío y distante —donde seguramente habían revisado a cientos de personas que llegaron con una basura en el ojo, cortadas, narices rotas, esguinces, heridas simples, de las que se componen rápido y uno sale caminando en media hora—, supo que su vida había llegado a un cruce de caminos, que se estacionaba forzosamente frente a un semáforo con una enorme luz en rojo. El sonido de la llegada de un mensaje a un celular la trajo de regreso. El médico miró su teléfono.

—Es el doctor Ezquerro —informó—. Síganme, por favor.

—¿Cuándo saldrá del coma? —preguntó Susana.

El doctor Córdoba reprimió un suspiro y se encogió de hombros discretamente.

—No lo sé —contestó—. Eso no puede saberse. A veces es cuestión de horas o días, pero en ocasiones es más tiempo... El cerebro es muy delicado.

El joven médico dio la vuelta resueltamente, abrió la puerta y salió al pasillo, caminando aprisa. El pequeño contingente lo siguió. Salieron de urgencias y luego de la torre de hospitalización hacia la torre de consultorios. Susana no era consciente de nada, sólo seguía a los demás. Lo único que podía sentir era el torrente de un río turbulento en su interior.

—¿Y cómo va a estar cuando despierte? —preguntó Carmen en cuanto subieron al elevador y el doctor oprimió el botón del piso ocho. Córdoba hizo un gesto ambiguo de hombros levantados, boca torcida y cejas alzadas.

El consultorio 821 era amplio, con cierto olor quirúrgico. La decoración consistía en un escritorio sobre el cual estaba una computadora con la pantalla más grande que Susana había visto, algunas sillas y decenas de diplomas enmarcados en negro y dorado, apretados uno junto a otro en las paredes. De pronto se abrió con fuerza una puerta que daba a una sala de revisión contigua y de ella emergió un hombre bajito, de pelo entrecano y ojos pequeños y vivaces, envuelto en una bata de

un blanco chillón. El doctor Ezquerria los observó sin hacer ningún intento por darles la mano.

—Buenas tardes. La familia de Minerva Adame, supongo.

—Sólo yo soy su familia —declaró Susana levantando la barbilla—. Ellos son sus amigos, yo soy su hija.

Mientras se sentaba en la silla de su escritorio, el doctor Ezquerria incrustó una mirada de barreno en los ojos de Susana. Ella lo miró fijamente unos segundos y luego desvió la vista.

—Bueno, voy a mostrarles la tomografía de la cabeza de Minerva —informó el médico mientras giraba la pantalla hacia ellos.

La imagen mostraba varias tomas, como fotos en rebanadas del cráneo de Minerva. Era claro que, del lado derecho, había un hundimiento pequeñísimo que no estaba del otro lado. El médico señaló la pantalla con una pluma.

—Aquí está la fractura, en el lóbulo temporal derecho —dijo—. Una parte del hueso estaba hendido, fue la zona que operé, y otra parte presenta una fisura, es decir que el traumatismo inicial, que es éste, se extiende hacia atrás dos centímetros, pero ya no es fractura, es fisura. Cuando llegó al hospital, ya estaba en coma. Es una reacción normal del cerebro debida a la inflamación causada por el traumatismo.

De pronto, Ezquerria desvió la vista hacia Susana y comenzó a hablar sin parar, adivinando sus preguntas:

—No sabemos cuándo ni cómo despierte. Está inconsciente, así es difícil evaluar si el daño es permanente o transitorio. Yo

diría que el resultado de la operación fue favorable, aunque hay mucha inflamación del tejido. No sabremos más hasta que despierte —el doctor Ezquerro hizo una pausa.

—¿Por qué está tan inflamado el tejido? —preguntó Susana.

—El cerebro es sumamente delicado. Al haber un traumatismo, un golpe de este tipo, más aún si es tan fuerte como para causar una fractura, rebota dentro del cráneo, los vasos sanguíneos se rompen, el tejido se lastima y la reacción normal es que se inflame.

Ninguno despegaba la vista de la pantalla. Cada uno tenía sus propias preguntas, pero respuestas, nadie.

—Fue un accidente bastante raro, ¿no crees, Córdoba?
—Ezquerro lanzó la pregunta más para sí que para su asistente.

—Así es —respondió obsequioso el doctor Córdoba.

—Las escaleras no eran muy grandes, por lo que dijo la señora —el doctor Ezquerro señaló a Carmen con un movimiento de cabeza—. Es decir, me esperaba un traumatismo fuerte, pero no una fractura... ¡Es rarísimo! ¿Alguno de ustedes sabe si ella tiene problemas de presión?

Los tres se miraron entre sí.

—Lo pregunto porque su presión estaba muy baja cuando llegó —señaló Ezquerro.

—Ella normalmente la tiene baja —contestó Santiago.

Susana lo miró fijamente, ¿él qué sabía?

—¿Se siente frecuentemente cansada o mareada?

—Mareada no, que yo sepa —intervino Carmen—, pero cansada sí la he visto.

—Sí, yo también... —agregó Susana.

—Estoy intentando explicarme qué le pasó —comentó el doctor sin quitar la vista de la pantalla—. Minerva no traía tacones, quizá tuvo un mareo al bajar las escaleras... o quizá simplemente dio un traspie.

De pronto giró la cabeza y sus ojos se hundieron en los de Susana.

—Es pésima idea bajar o subir unas escaleras con cosas en las manos. No es raro que la gente no suelte lo que lleva y no pueda meter las manos para protegerse.

Susana le devolvió una mirada desconcertada: ni que ella hiciera eso todos los días.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó el doctor.

—Dieciséis —contestó, nerviosa por la mirada taladrante del médico.

—¿Quién puede cuidarte mientras tu mamá despierta? ¿Tu papá?

Susana dio un brinco y metió la mano instintivamente en su bolsa, buscando su celular. Desde que comenzó su clase de piano lo había puesto en silencio y no había vuelto a verlo. Había al menos diez mensajes y otras tantas llamadas perdidas de su papá.

—¡Es mi papá! ¡Me ha estado llamando! —exclamó.

—Contéstale —ordenó el doctor Ezquerria.

Susana lo miró molesta, le parecía que daba demasiadas órdenes. Luego miró de soslayo a los demás. De alguna manera esperaba que todos salieran del consultorio para dejarla hablar en privado, pero nadie se movió. No le quedó de otra que contestar.

—¿Papá?

Al escuchar la voz en el teléfono, la de Susana se quedó atascada en su garganta. El peso de todas las miradas sobre ella la hizo levantarse bruscamente de su silla y dirigirse aprisa hacia la puerta.

—Afuera hay muy mala recepción —informó el doctor Ezquerria secamente.

Susana lo ignoró y salió al pasillo para confirmar que, efectivamente, ahí no oía nada. Regresó a la sala donde todos estaban en silencio y pendientes de sus movimientos. Los miró furiosa, se fue a un rincón, les dio la espalda y habló con su papá. El doctor Ezquerria le dedicó una mirada corta con la ceja levantada, luego devolvió su atención a la pantalla que tenía frente a él.

—Su papá vive en Albuquerque —explicó Carmen.

Ezquerria levantó las cejas nuevamente.

—¿Qué podemos esperar? —preguntó Santiago.

El médico hizo una mueca y resopló.

—No me gusta dar pronósticos, no tan pronto —contestó—. Prefiero observarla, ver cómo evoluciona y, pues... esperar que despierte pronto.

Susana terminó la llamada y volteó hacia ellos.

—¿Qué dice tu papá? —quiso saber Carmen.

—Sale mañana en el primer vuelo —el gesto de Susana era triste, pero para todos fue obvio que en sus ojos se había colado una minúscula gota de alegría—. ¿Puedo ver a mi mamá?

El doctor Ezquerra negó con la cabeza y le echó un vistazo a su reloj.

—Estará en la sala de recuperación dos horas más, después la pasaremos a terapia intensiva y no pueden entrar menores. Permanecerá ahí hasta que se baje la inflamación y se establezca. Podrás verla en unos días.

Susana lo miró fijamente y echó la cabeza hacia atrás. Había algo en el tono de voz del doctor, un dejo que cortaba con la precisión de un bisturí, que la irritaba de verdad. Tenía ganas de protestar, de alegar que ella ya estaba grande y no era ninguna persona menor. Miró su celular para checar la hora: eran casi las nueve. Se acordó de su pequeño zoológico y de su abuela y suspiró sonriendo a medias. Quería quedarse en el hospital aunque no pudiera ver a su mamá: se sentía mejor si estaba cerca.

—¿Cuál es la situación en casa? ¿Vives sólo con tu mamá? —preguntó Ezquerra.

—No, también con mi abuela y con Lourdes, la señora que nos ayuda.

—Y tu abuela, ¿puede cuidarte?

Santiago y Carmen se miraron con las cejas alzadas. Susana sonrió con sorna y soltó un suspiro.

—Sí puede, pero... también la cuidamos a ella.

—Sus tíos también viven fuera, pero ya les avisé y van a venir —acotó Carmen.

—Veo que la circunstancia familiar es complicada, pero cuando hay un paciente en la UTI, se necesita que esté aquí todo el tiempo un pariente o alguien *mu*y cercano, que pueda tomar decisiones en caso de que se presente cualquier situación... pero debe ser mayor de edad —explicó el doctor.

—¿Qué es la UTI? —preguntó Carmen.

—La unidad de terapia intensiva —repuso Santiago y agregó echándole una rápida mirada a Susana—: No soy su familiar, pero puedo quedarme.

Ella hubiera querido verlo feo, pero las palabras *que pueda tomar decisiones en caso de que se presente cualquier situación* ocuparon todo su pensamiento... ¿Cuáles decisiones, cuál situación?

—Por mí está bien —repuso el médico alzando los hombros.

La cabeza de Susana giraba... ¿Y si algo pasaba, y si Santiago tenía que tomar una decisión sobre *su mamá*? El doctor Ezquerro notó su mirada desconfiada.

—Lo más probable es que no se presente ninguna situación —le dijo—. Pero es una formalidad del hospital.

Los ojos de Susana viajaron del doctor a Santiago y de Santiago al doctor un par de veces. Quería que el médico firmara mil papeles y le jurara, le diera todas las garantías posibles de